

con la capacidad de acción organizada de alguno de sus mejores hombres, que es en aquel instante el héroe político o gobernante representativo. Huelga decir que España no está ahora en ninguno de esos dos casos.

Pero hay también otros instantes propicios a la dictadura, y es cuando un pueblo renuncia casi en masa a todas las funciones de su gobernación. Cuando los electores no votan, por indiferencia, cobardía o escepticismo, o cuando venden su voto al mejor postor, en subasta pública, que es como vender su soberanía, como hizo la soldadesca romana varias veces con la Corona en los períodos de máxima decadencia del Imperio. Cuando los diputados no legislan, ni gobiernan los ministros, ni sentencian los jueces, ni apresa a los delincuentes la Policía. Cuando los órganos del Estado están paráliticos, salvo los de nutrición parasitaria; cuando no se piensa, ni se obra, ni se organiza, ni se depura, ni se renueva ningún componente del Estado. Entonces un hombre audaz y una minoría de descontentos o ambiciosos bastan para dar el golpe de mano y adueñarse del Poder público, acaso sin ninguna resistencia, entre la befa de los asaltantes y el estupor de los desalojados. Eso es lo ocurrido en Italia, hoy gobernada al dictado por el condotiero Mussolini. Esto es lo que puede ocurrir en España, donde el Estado está mucho más corrompido y descompuesto, y es más inepto y disolvente que lo era en Italia.

Conviene insistir sobre la diferencia de ambos tipos de dictadura. Las necesidades de una guerra o de una revolución profunda pueden llevar al poder unipersonal a un aventurero de escasas luces y conciencia empedernida; pero es raro que se consolide. Los momentos de vida o muerte de un pueblo revelan casi siempre hombres superiores. Piénsese lo que se piense de la obra que realizaron, nadie dirá que es un cualquiera Cromwell, ni Robespierre, ni Napoleón, ni Lenin. El aventurero sin grandeza, zorra de corral desprevenido, más que águila de ojos telescópicos, es más bien fruto de un Estado que apenas existe como organización social, cual acontece en la infancia de algunos pueblos — algunas Repúblicas centro-americanas pueden servir aún de ejemplo —, o de un Estado tan decaído que todos los ciudadanos se inhiben del ejercicio activo de sus funciones, como ocurría en Italia y ocurre en España. Puede el aventurero de ocasión elevarse al rango de gran estadista, porque no se sabe todo lo que es un hombre hasta que deja de serlo, y en su mochila puede esconderse, no sólo un bastón de mariscal, sino los atributos de un gobernante de genio. (¿Lo es

Mussolini? Esperemos). Pero cuando una dictadura no nace de las necesidades íntimas e ineludibles de una sociedad, sino de su abandono y del ambicioso capricho de un hombre, lo usual es que éste, el dictador, carezca de aquellas dotes de visión histórica, de equilibrio y eficacia que distinguen a un monterilla despótico de un estadista, y a un cabo de vara de un caudillo.

Nada más ociosas que esas divagaciones de nuestro tiempo sobre si la dictadura es un bien o un mal. Todo depende del dictador; pero éste depende de las circunstancias. El dictador es siempre producto de la sociedad que él luego conduce o aherroja, ya porque ella lo crea y llama, como a un cirujano de urgencia, ya porque se deja sorprender en una absoluta inacción de gobierno por el primer condotiero decidido. Sobrevienen las dictaduras por sorpresa allí donde

nadie vela por la democracia, abandonada de gobernantes y gobernados, y los despotismos por asalto allí donde nadie cuida de la común libertad. No se puede traficar con la soberanía en las urnas, ni burlar la justicia en Parlamentos y ministerios sin exponerse a que quiera usurpar su ejercicio, por desidia de todos, cualquier hombre arrojado. Y hay algo peor que la dictadura de un Mussolini en Italia, y es la de los militares en Grecia. Pero la culpa no es tanto de los dictadores, como la de un estado de decadencia política que justifica su aparición.

Vaga estos días por las calles y conciencias cortesananas una sombra que es tal vez la de Pavía, el general que disolvió las Cortes a toque de corneta en la madrugada del 3 de enero de 1874, pronto hará medio siglo. Ciegos serán quienes no la vean, y torpes quienes no entiendan el aviso de su retorno y sus andanzas.

## Las dos Américas

(Concluye. Véase número anterior).

### II

He apuntado como el cuarto de los valores morales que la América Española puede importar de este país, «el amor a la libertad». Esto puede parecer excesivamente raro a muchos hispano americanos. ¿No nos levantamos nosotros en armas para arrojar el yugo de la dominación extranjera? ¿No sacrificaron los padres de nuestra patria, vida y hacienda al grito de libertad, la que logramos obtener tras una lucha denodada y cruentos sacrificios? Si mañana quiere levantarse un amo extranjero en nuestros países, ¿no lo arrojaríamos con indignación?

Es cierto; somos tan amantes de la libertad como vosotros. Queremos ser

libres de toda agresión extranjera. Pero dentro de nuestros países confundimos a menudo el libertinaje con la libertad. ¿Tenemos libertad electoral en el hecho? No, como ya lo hemos visto. ¿Tenemos libertad religiosa en el hecho? No.

En nuestros países la unidad social es la familia, al paso que en el vuestro lo es el individuo, y esto hace que no tengamos una escuela de individualidad en el hogar. El niño llega a hombre sin haberse sentido libre y la mujer pasa de la tutela del padre a la tutela del marido.

En este espíritu de libertad van incluidas diversas virtudes vuestras, que son una consecuencia de ese espíritu: la iniciativa, la inventiva, vuestro relativo desprecio por la rutina y la tradición, vuestra fe en las reformas de toda índole.

Quiero insistir principalmente en un aspecto de nuestra falta de libertad, en la tiranía religiosa. No hay libertad religiosa cuando el país colecta contribuciones que impone al ciudadano, quiera él o no, e invierte estas contribuciones en pagar sacerdotes de un credo determinado. Esto ocurre en muchas partes de la América Española, donde está implantado el catolicismo obligatorio. Yo no estoy haciendo cargos a esta denominación religiosa, no hay cargo alguno que hacerle; pero quisiera ver en toda la América Española una separación absoluta entre la Iglesia y el Estado,

### REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.